



Selección de cuentos



Tarō Hirai "Rampo"



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Selección de cuentos

Tarō Hirai "Rampo"

Tarō Hirai nació en Nabari, Prefectura de Mie, Japón, y es conocido bajo el seudónimo de Rampo Edogawa, también romanizado como Rampo. Fue un novelista y crítico literario que desempeñó un papel importante en el desarrollo de la ficción detectivesca japonesa. Admirador incondicional de Edgar Allan Poe, lo imitó con originalidad y adoptó su nombre artístico de la pronunciación en japonés del nombre del autor norteamericano, por cuya obra quedó hechizado desde los inicios de su carrera.

Rampo comenzó con la traducción de cuentos para pasar a publicar sus propias creaciones, siendo protagonizadas por personajes como Kogoró Akechi, siendo fuente de inspiración para numerosos autores posteriores, como en el manga y anime *Detective Conan*. Varias de sus obras fueron llevadas al cine y todavía hoy sigue siendo uno de los autores más conocidos de Japón.

Falleció en 1965 dejando tras de sí un prolífico legado literario de historias retorcidas, fascinantes y morbosas de las cuales *El extraño caso de la isla Panorama* (1926) es uno de sus más refinados logros.

Tarō hirai "rampo"

Selección de cuentos



Selección de cuentos
Tarō Hirai "Rampo"

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

El gusano

Tokiko se despidió, salió del edificio principal y mientras oscurecía atravesó el amplio jardín, descuidado por completo y cubierto de maleza, camino de la pequeña casa donde vivía con su marido. Durante el trayecto recordó las convencionales palabras de elogio con las que, una vez más, le había regalado el oído al general de división, dueño de aquella propiedad.

Tenía una sensación en cierto modo extraña, y en la boca seguía notando un regusto amargo parecido al de la berenjena asada, sabor que, por otra parte, detestaba con todas sus fuerzas.

—La lealtad y los méritos del teniente Sunaga son, no cabe duda, el orgullo de nuestro ejército —había afirmado—. (El viejo general mantenía la absurda actitud de honrar con su antiguo rango al militar lisiado que aquella mujer tenía como marido).

—En lo que a usted respecta, sin embargo, su constante fidelidad la ha tenido alejada de los placeres y deseos de los que antes disfrutaba. Durante tres largos años ha sacrificado todo por ese pobre inválido sin dejar

escapar ni un solo suspiro de queja. Usted siempre ha defendido que así está obligada a comportarse la esposa de un soldado, y tiene toda la razón. Pero en ocasiones no puedo evitar la idea de que se trata de un destino cruel para una mujer, sobre todo para una mujer tan atractiva y encantadora como usted, además de tan joven. Es realmente admirable. Con toda franqueza, creo que esta es una de las historias más conmovedoras de nuestro tiempo. La única duda es cuánto durará. Recuerde que todavía tiene usted un largo futuro por delante. Por el bien de su marido, espero que nunca cambie.

Al viejo general de división Washio le agradaba contar las maravillas del incapacitado teniente Sunaga (quien en otro tiempo había formado parte de su estado mayor y ahora residía como invitado en su propiedad) y de su esposa; y tanto le gustaba que se había convertido en un tópico a la hora de conversar con ella cada vez que la veía. Pero a Tokiko le resultaba muy desagradable y trataba de evitar al general en la medida de lo posible. De cuando en cuando, siempre que el tedio en la convivencia con su silencioso e inválido marido se hacía insoportable, buscaba la compañía de la esposa y la hija del general, casi siempre después de haberse asegurado de que este se hallaba ausente.

Tenía la secreta sensación de que su excepcional espíritu de sacrificio y su fidelidad bien merecían las generosas alabanzas del anciano, y al principio aquello halagaba su vanidad. Pero en esos primeros días todo el asunto poseía el brillo de la novedad. Después siguió siendo divertido, en cierto modo, cuidar de alguien tan completamente indefenso como su marido.

Aquella autocomplacencia, no obstante, poco a poco había ido transformándose en aburrimiento, y más adelante en miedo. Ahora se estremecía cuando recibía tan elevados elogios. Se imaginaba señalada por un dedo acusador mientras sentía que una voz sarcástica y chirriante le decía al oído: «¡Bajo el manto de la fidelidad escondes una vida de pecado y de traición!».

Día tras día, los cambios que de forma inconsciente se iban produciendo en su forma de pensar la sorprendían incluso a ella. De hecho, reflexionaba con frecuencia acerca de la volatilidad de los sentimientos humanos.

Al principio no había sido más que una fiel y sumisa esposa que nada sabía del mundo, ingenua y tímida en extremo. Pero ahora, a pesar de que en apariencia no había sufrido casi ningún cambio, en su corazón albergaba horribles pasiones, pasiones surgidas de la visión constante de su marido inválido y digno de

lástima; tal era su grado de invalidez que esta palabra resultaba del todo inadecuada para describir el estado de quien, en otro tiempo, se condujera con tanto orgullo y tan noble porte.

Como si de un animal salvaje se tratara, o como si se hallara poseída por el diablo, ¡había empezado a sentir un insano deseo de satisfacer su lujuria! Sí, ¡hasta tal punto había cambiado! Se preguntaba de dónde procedía aquel desesperado impulso. ¿Podría atribuirse al misterioso hechizo ejercido por aquel trozo de carne? Porque, a decir verdad, eso era su marido: ¡un trozo de carne! ¿O, por el contrario, era obra de algún extraño poder sobrenatural imposible de definir?

Cuando el general Washio se dirigía a ella, Tokiko no podía evitar ese inexplicable sentimiento de culpa. Además, cada vez era más consciente de que aumentaba sin cesar el tamaño de su propio cuerpo.

—La situación es alarmante —se repetía una y otra vez—. ¿Por qué no dejo de engordar como una perezosa sin cerebro? Sin embargo, la palidez de su rostro mostraba un acusado contraste con la evolución de su cuerpo, y muchas veces tenía la sensación de que el general lo observaba de forma dudosa mientras le dedicaba los habituales elogios. Quizá esa era la razón por la que detestaba a aquel hombre.

Vivían en un barrio remoto, y la distancia que separaba la casa principal de la casita de la pareja era más o menos la equivalente a una manzana. Entre las dos viviendas había un terreno cubierto de hierba sin camino alguno para atravesarlo: una zona en la que era frecuente encontrarse con serpientes que susurraban escondidas en los matorrales. Además, si quien por allí anduviese daba un paso en falso, en seguida corría el riesgo de caer a un viejo pozo abandonado oculto entre la maleza. Un remedo de cercado muy poco uniforme rodeaba la enorme mansión y ante ella se extendían los campos.

Desde la oscuridad donde se encontraba, Tokiko veía la sobria vivienda de dos plantas, su morada, que por la parte de atrás daba a un extremo del bosquecillo de un santuario budista. En el cielo dos estrellas parecían brillar un poco más que las otras. La habitación en la que yacía su marido no tenía luz. No podía, como era natural, encender la lámpara, de ahí que el «trozo de carne» estuviera, con toda seguridad, parpadeando impotente, recostado en su silla, o resbalando del asiento para caer en las esteras sumido en la penumbra.

¡Qué lástima! Cuando pensaba en ello, unos escalofríos de rabia, de amargura y de pena parecían recorrerle la espalda.

Al entrar en la casa, se dio cuenta de que la puerta de la habitación de arriba estaba entreabierta, como si de una amplia y negra boca se tratase, y percibió el familiar soniquete de los golpes sobre las esteras.

—Oh, ya está otra vez —lamentó para sus adentros, y de pronto sintió tanta lástima por él que sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquellos ruidos significaban que su marido incapacitado estaba tumbado de espaldas, llamando con impaciencia a su única compañía mediante los golpes que daba con la cabeza en las esteras, en lugar de las palmadas que cualquier esposo japonés hubiera utilizado.

—Ya voy. Debes de tener hambre. Hablaba en voz baja según su costumbre, aunque sabía que nadie podía oírla. Luego subió la escalera, similar a una de mano, que conducía a la pequeña habitación de la segunda planta.

Aquella estancia tenía una alcoba con una lámpara de estilo antiguo en un rincón. Junto a ella había una caja de cerillas, pero él era incapaz de encender la luz con ellas.

La mujer le habló con el tono de una madre dirigiéndose a su hijo:

—Te he hecho esperar demasiado tiempo, ¿verdad? Lo siento mucho. Después añadió:

—Aguarda solo un instante. No puedo hacer nada con esta oscuridad. Voy a encender la lámpara.

Aunque no dejaba de hablar entre dientes, sabía que su marido no la oía en absoluto. Encendió la luz y llevó la lámpara a una mesa situada en otro rincón de la habitación. Delante de la mesa había una silla baja con un cojín de muselina estampado sujeto a ella. Estaba vacía, y su último ocupante se hallaba ahora tendido en el suelo cubierto de esteras: una extraña y horrible criatura. Iba vestido (aunque «envuelto» sería el término más apropiado) con viejas ropas de seda.

Sí, allí estaba «aquello», un paquete viviente, envuelto en un quimono de seda, semejante a un envío que alguien hubiera abandonado sin más, ¡un fardo verdaderamente extraño!

Por uno de los lados del paquete sobresalía la cabeza de un hombre que no dejaba de golpear sobre las esteras como si fuese un insecto o algún insólito mecanismo automático. Al golpear, el enorme bulto se desplazaba poco a poco… de un modo similar al de un gusano arrastrándose.

—No deberías ponerte tan nervioso. ¿Qué es lo que quieres? ¿Esto?

—Hizo un gesto que significaba comer—. ¿No? ¿Esto, entonces?

Probó con otras señas, pero su marido mudo negaba con la cabeza una y otra vez sin dejar de dar sus desesperados golpes en las esteras del suelo.

Se había hecho ya tanto daño con las astillas de una concha que la cabeza más bien parecía una masa informe. Había que acercarse mucho a él para reconocer en su rostro rasgos que en otro tiempo fueron los de un ser humano.

El oído izquierdo había desaparecido por completo, y en su lugar no había más que un pequeño hueco negro. Sufría un pronunciado tic a lo largo de la mejilla izquierda, desde la boca hasta el ojo, mientras que una fea cicatriz también surcaba la sien derecha hasta la parte superior de la cabeza. Tenía el cuello hundido, como si hubieran extraído la carne que lo protegía, y la nariz y la boca nada conservaban de su forma original.

Sin embargo, en medio de aquel monstruoso rostro aún permanecían dos ojos redondos y brillantes como

los de un niño inocente, unos ojos que contrastaban de forma muy acusada con la fealdad que los rodeaban. En aquellos momentos refulgían de irritación.

—¡Ah! Me quieres decir algo, ¿no es así? Espera un momento.

Cogió un cuaderno y un lapicero del cajón de la mesa, colocó el lápiz en la boca deforme y sostuvo el cuaderno ante ella. Su marido no podía ni hablar ni sujetar nada para escribir, ya que, además de carecer de órganos vocales, también había perdido los brazos y las piernas.

—¿Cansado de mí? Aquellas palabras fueron las que garabateó con su boca el inválido.

—¡Ja, ja, ja! Otra vez estás celoso, ¿verdad? —se reía ella—. No seas tonto.

Pero el lisiado volvió a dar impacientes cabezazos contra el suelo. Tokiko comprendió lo que quería y de nuevo situó el cuaderno ante la punta del lápiz sujeto entre los dientes de su marido.

Una vez más, el lápiz se movió inseguro y escribió: «¿Dónde fuiste?».

En cuanto lo leyó, Tokiko arrancó el lapicero de la boca del hombre con un gesto brusco y escribió: «A la casa de Washio», y colocó la respuesta casi pegada a los ojos de su esposo.

Cuando él hubo leído el seco mensaje, ella añadió: «¡Deberías saberlo! ¿A qué otro sitio voy a ir?».

El inválido pidió otra vez el cuaderno y escribió: «¿Tres horas?».

Ella sintió un nuevo arrebato de comprensión. «No sabía que hubiera tardado tanto», escribió como respuesta. «Lo siento».

Dio rienda suelta al sentimiento de lástima que la invadía, y se inclinó e hizo gestos con la mano mientras hablaba:

—No volveré a ir. Nunca más volveré. Lo prometo.

El teniente Sunaga, o más bien «el fardo», aún se hallaba lejos de parecer satisfecho, pero quizá se había cansado de escribir con la boca, porque tenía la cabeza apoyada sin fuerza en el suelo y ya no se movía.

Transcurridos unos instantes, le dedicó a su mujer una mirada dura con la que sus grandes ojos dieron a entender todos sus sentimientos.

Tokiko solo conocía un medio para tranquilizar a su marido. Como las palabras y las disculpas no servían de nada, siempre que se producían esas extrañas «disputas de enamorados» ella recurría a aquel expeditivo método.

Se inclinó de repente sobre su esposo y cubrió de besos la retorcida boca. Los ojos del hombre no tardaron en mostrar una mirada de gran satisfacción y profundo placer, y después dibujó una desagradable sonrisa. Ella seguía besándolo, con los ojos cerrados para olvidar su fealdad, y, de manera gradual, fue apareciendo el deseo de burlarse de aquel pobre inválido que se encontraba en un estado de tan absoluta indefensión.

El lisiado a quien besaban con tal pasión sufrió tremendas contorsiones al verse incapaz de respirar y su rostro se deformó en una mueca extravagante. Como siempre sucedía, aquella visión excitó a Tokiko de una forma extraña

El caso del teniente Sunaga había supuesto una importante conmoción en el mundo médico. Le amputaron los brazos y las piernas y su rostro fue reconstruido con habilidad por los cirujanos. La prensa,

por su parte, también le dio una gran publicidad al caso, y un periódico llegó incluso a hablar de él como «el patético muñeco roto cuyos preciados miembros fueron cruelmente arrancados por los caprichosos dioses de la guerra».

El teniente Sunaga era, si cabe, aún más digno de lástima, ya que, a pesar de haber sufrido una cuádruple amputación, poseía un torso muy desarrollado. Quizá debido a su magnífico apetito (comer era su única diversión), Sunaga había llegado a tener un vientre brillante y prominente. Lo cierto es que aquel hombre parecía una enorme oruga amarilla.

Le habían amputado los brazos y las piernas de tal manera que ni siquiera le quedaban los muñones, sino únicamente cuatro bultos de carne que señalaban el lugar que antes ocuparan los cuatro miembros. Solía tumbarse sobre su abultado vientre y, sirviéndose de esos bultos, lograba impulsarse y dar vueltas sobre sí mismo: una peonza de carne y hueso.

Unos instantes después, Tokiko comenzó a desnudarlo. Él no ofreció resistencia y se limitó a mirar expectante los ojos de su mujer, entrecerrados de un modo extraño, unos ojos similares a los de un animal que vigila a su presa.

Tokiko comprendía muy bien lo que su impedido esposo quería decirle con su apasionada mirada. El teniente Sunaga había perdido toda capacidad sensorial, excepto las referidas a la vista, la sensibilidad física y el gusto. Nunca había mostrado demasiado interés por los libros y, además, la explosión de la que fue víctima le provocó una impresión tan grande que dañó sus facultades mentales. Por consiguiente, ahora había desaparecido incluso su escasa afición a la lectura y los placeres físicos constituían su única diversión.

En lo que a Tokiko se refiere, y a pesar de que era de natural tímida, siempre había albergado una extraña inclinación a abusar de los débiles. Además, la contemplación de la agonía de aquel pobre inválido despertó muchos de sus instintos ocultos.

Aún inclinada sobre él, siguió dedicándole sus aberrantes caricias, provocando en el inválido una excitación que lo llevaba cada vez más cerca del éxtasis…

Tokiko lanzó un grito y se despertó. Había tenido una terrible pesadilla y estaba sentada en medio de un sudor frío. La lámpara de la mesilla se hallaba ennegrecida por el humo y la mecha se había consumido por completo.

El interior de la habitación, el techo, las paredes…, todo parecía estirarse como si fuera de goma y luego contraerse hasta alcanzar formas inverosímiles. Junto a ella, el rostro de su marido poseía un brillante tono anaranjado.

Recordó que él no podía haber oído su grito de ninguna manera, pero se dio cuenta, con inquietud, de que su esposo tenía la mirada fija en el techo y los ojos abiertos de par en par. Miró el reloj de la mesa y vio que era algo más de la una.

Una vez despierta del todo, trató de borrar los horribles pensamientos procedentes de la pesadilla que había invadido su mente, pero cuanto más intentaba olvidarlos, más persistentes se hacían las imágenes. Al principio tuvo la sensación de que la bruma se alzaba ante sus ojos y, cuando esta se hubo disipado, pudo ver con gran nitidez un enorme trozo de carne que flotaba en el aire y daba vueltas y más vueltas como una peonza. De repente surgió el cuerpo de una mujer gorda y repulsiva que parecía venir de ninguna parte, y las dos figuras se fundieron en un apasionado abrazo. Esta increíble escena erótica trajo a la memoria de Tokiko la ilustración de una postal donde se representaba un pasaje del Infierno de Dante; pero, a pesar de todo, mientras su mente divagaba, el desagradable y repulsivo

abrazo de la pareja pareció excitar todas sus pasiones reprimidas y paralizar sus nervios. Se preguntó, presa de un escalofrío, si acaso no sería una pervertida.

Apretó los brazos en torno a su pecho y dejó escapar un grito desgarrador. Luego miró con atención a su marido, como un chico que estuviera viendo una muñeca rota. Él seguía con la vista fija en el mismo punto del techo sin prestarle la menor atención a su mujer.

—Otra vez está pensando —dedujo.

Era extraño, incluso en los mejores momentos, contemplar a un hombre que solo podía comunicarse con los ojos, allí tumbado, la vista fija siempre en un solo punto, y todavía era peor cuando, como ahora, eso sucedía en plena noche. Claro que su mente estaba dañada, pensó ella, pero un hombre con una incapacidad tan grande sin duda vive en un mundo totalmente distinto a cualquiera de los que yo pueda conocer jamás. Y se preguntaba si se trataría de un mundo placentero. O quizá fuera un infierno…

Cerró de nuevo los ojos durante un instante y trató de dormir, pero le fue imposible. Tenía la sensación de que, girando a su alrededor, había llamas que

producían un inmenso estruendo y terminó por angustiarse. Algo después, de forma caprichosa, volvieron a aparecer y desaparecer diversas ilusiones y alucinaciones. Entremezclados con ellas venían los múltiples acontecimientos que hacía tres años habían transformado una vida normal en aquella existencia miserable…

Al recibir la noticia de que su marido había resultado herido y regresaba a Japón, sintió un alivio indescriptible porque al menos había salvado la vida. Las esposas de sus colegas oficiales incluso envidiaron su «buena suerte».

Al poco tiempo los periódicos se hicieron eco de los brillantes servicios prestados por su marido. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había sufrido heridas muy graves, pero jamás pensó ni por un instante que le habían provocado una incapacidad tan notable.

Tampoco olvidaría nunca la primera vez que le permitieron visitar a su esposo en el hospital militar. Tenía el rostro cubierto de vendas y no se le veían más que los ojos, unos ojos que la miraban como se mira el vacío. Recordaba que había llorado llena de amargura al enterarse de que las heridas y la impresión sufridas le habían dejado sordomudo. Poco se imaginaba, no

obstante, los horribles descubrimientos que aún la aguardaban.

El jefe del equipo médico, con gesto digno y tratando de mostrar su profunda compasión, retiró las blancas sábanas con mucho cuidado.

—¡Sea valiente! —fueron sus palabras.

Ella quiso coger las manos de su marido…, pero no pudo hallar los brazos. Después vio que tampoco tenía piernas; era como un fantasma en una pesadilla. Bajo las sábanas solo yacía el tronco de su cuerpo, vendado de un modo grotesco que lo asemejaba a una momia.

Intentó hablar, luego gritar, pero de su garganta no salió un solo sonido. También ella había perdido momentáneamente el habla. ¡Dios! ¿Aquello era todo lo que quedaba del marido al que tanto había amado? Había dejado de ser un hombre para convertirse en un simple busto de escayola.

El jefe médico y las enfermeras la llevaron a otra sala, y entonces fue cuando se vino abajo del todo, estallando en un inconsolable llanto sin importarle la presencia de toda aquella gente. Se dejó caer sobre una silla, hundió la cabeza entre los brazos y lloró hasta quedarse sin

lágrimas.

—Ha sido un auténtico milagro— oyó decir al médico—. Otro en su lugar no hubiera sobrevivido. Por supuesto, todo se debe a la maravillosa habilidad como cirujano del coronel Kitamura: es un verdadero genio con el bisturí. No hay otro igual en ningún hospital militar del mundo.

De ese modo trataba el médico de consolar a Tokiko. Por todos lados se repetía la palabra «milagro», pero ella no sabía si alegrarse o lamentarse.

Pasó medio año como si fuera un sueño. El «cadáver viviente» del teniente Sunaga fue finalmente escoltado hasta su casa por su comandante y sus camaradas de armas, y se vio abrumado por las atenciones que le dedicaba todo el mundo.

A lo largo de los días que siguieron, Tokiko cuidó de él con enorme ternura y en medio de un mar de lágrimas. Familiares, vecinos y amigos, todos ellos la animaban a sacrificarse cada vez más, le repetían sin cesar su concepto del «honor» y de la «virtud».

La exigua pensión de su marido apenas daba para la manutención de ambos, de ahí que cuando el general

de división Washio, antiguo jefe de Sunaga en el frente, tuvo el detalle de ofrecerles de forma desinteresada la casa de campo que poseía dentro de su propiedad, ellos aceptaron agradecidos.

A partir de entonces, la vida cotidiana se convirtió en una rutina, pero eso también dio lugar a una exasperante soledad. La causa principal era, por supuesto, la tranquilidad que los rodeaba. Otra de las razones era que la gente dejó de interesarse por la historia del héroe de guerra lisiado y la esposa consciente de su deber. El asunto perdió interés y su lugar en primera plana de la actualidad lo ocuparon nuevas personalidades y nuevos acontecimientos.

Los familiares de su marido rara vez se pasaban por allí. En lo que a ella se refería, sus padres habían muerto, mientras que a todas sus hermanas y hermanos les traía sin cuidado su desgracia. La consecuencia era que el pobre soldado inválido y su fiel esposa vivían solos en una solitaria casa de campo, aislados por completo del mundo exterior. De todos modos, incluso aquella situación habría sido más soportable si uno de ellos no hubiera sido un muñeco de barro.

Al principio, el teniente Sunaga se hallaba bastante desconcertado. Aunque tenía conciencia de su trágica

situación, su gradual retorno a un estado de salud normal trajo consigo los remordimientos, la melancolía y la más completa desesperación.

Toda comunicación entre Tokiko y su marido se realizaba mediante la palabra escrita. Los primeros vocablos que él escribió fueron «periódico» y «condecoración». Con el primero daba a entender que deseaba ver los recortes donde se hablaba de sus gloriosas hazañas; y con «condecoración» pedía que le mostraran la Orden de la Cometa de Oro, la más alta distinción militar de Japón, que le habían concedido. Se trataba de los primeros objetos que el general de división Washio le había puesto ante los ojos tras recuperar la conciencia en el hospital, y se acordaba de ellos.

Desde ese momento, el inválido escribió con frecuencia las mismas palabras para realizar su petición, y en todas y cada una de esas ocasiones Tokiko le enseñaba la medalla y las noticias, y él las contemplaba durante bastante tiempo. Tokiko veía en cierto modo absurdo que su marido leyera una y otra vez los mismos periódicos, pero al mismo tiempo se sentía bien al comprobar que los ojos de su cónyuge albergaban una mirada de profunda satisfacción. Solía sostener ante él los recortes y la condecoración hasta que las manos se le quedaban casi dormidas.

Con el paso del tiempo, el teniente Sunaga terminó por hartarse de la palabra «honor». Durante una temporada no volvió a solicitar las reliquias de sus hechos de guerra. En su lugar pedía cada vez más comida, ya que, a pesar de la deformidad que sufría, su apetito iba en aumento. De hecho, se sentía tan ávido de comida como cualquier paciente que estuviera convaleciente de algún desorden de tipo alimenticio. Si Tokiko no accedía a su petición de inmediato, él daba rienda suelta a su ira arrastrándose como un loco sobre las esteras.

Al principio Tokiko sintió un vago temor por aquel comportamiento tan brusco, pero con el tiempo fue acostumbrándose a los extraños caprichos de su marido. Al hallarse ambos encerrados por completo en la solitaria casa de campo, si uno de ellos no hubiera decidido comprometerse, la vida habría resultado insoportable. De ese modo, como dos animales enjaulados en un zoo, siguieron adelante con su solitaria existencia.

En consecuencia, se mire como se mire, lo lógico era que Tokiko terminara considerando a su marido como un gran juguete con el que se podía disfrutar a voluntad. Asimismo, la gula de su impedido esposo había contagiado su propio carácter hasta el punto de

convertirla en una persona avariciosa en extremo.

Solo parecía existir un único consuelo para su amarga «carrera» como niñera de un inválido. La realidad era que aquella desgraciada y extraña cosa que no solo era incapaz de hablar o de oír, sino que ni siquiera podía moverse por sí misma, de ningún modo estaba hecha de madera o de barro: estaba viva y era real, y poseía todas y cada una de las emociones e instintos humanos; para ella se trataba de una fuente inagotable de fascinación. Y además estaban aquellos ojos redondos, su único órgano de expresión, hablaban a veces tan llenos de tristeza y otras con tanta ira: eso también ejercía sobre ella una extraña atracción. Era digna de lástima la incapacidad de aquel hombre para enjugar las lágrimas que sus ojos aún derramaban. Y, por supuesto, cuando se enfadaba, solo podía amenazar a su mujer sumiéndose en arrebatos histéricos fuera de lo común. Tales accesos de rabia solían hacer su aparición siempre que recordaba que jamás volvería a sucumbir, por su propia iniciativa, ante la abrumadora tentación que nunca abandonaba sus entrañas.

Entretanto, Tokiko también se las arreglaba para encontrar otra fuente de placer atormentando cuando le venía en gana a aquella indefensa criatura. ¿Cruel? ¡Sí! Pero divertido… ¡Muy divertido!…

Todo lo acontecido a lo largo de los últimos tres años tenía su vívido reflejo en el interior de los cerrados párpados de Tokiko, como si de la proyección de una linterna mágica se tratase: los recuerdos fragmentados que tomaban cuerpo en su mente y se disipaban uno tras otro. Aquel fenómeno se daba siempre que algo no funcionaba bien en su cuerpo. En esas ocasiones, sobre todo durante sus períodos mensuales de indisposición física, se ensañaba de forma cruel con el pobre lisiado. La brutalidad de sus acciones había ido aumentando cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Ella era consciente, desde luego, de la naturaleza criminal de su comportamiento, pero las bestiales fuerzas procedentes de sus entrañas escapaban por completo a su control.

De pronto notó que el dormitorio se estaba quedando a oscuras, que otra pesadilla se acercaba a ella. Pero esta vez decidió verla con los ojos abiertos. Aquella idea le dio miedo, y se aceleró el ritmo de los latidos de su corazón. Logró tranquilizarse y se convenció de que era una persona propensa a imaginar cosas. La mecha de la lámpara de la mesilla se había consumido y la luz comenzó a parpadear. Saltó de la cama y tiró de la mecha para sacarla un poco más.

La habitación se iluminó de inmediato, pero la luz

de la lámpara se hallaba envuelta en una bruma de color naranja, y eso hizo crecer su inquietud. Tokiko volvió a contemplar el rostro de su marido con aquella misma iluminación, y se asustó al ver que sus ojos seguían clavados en el mismo punto del techo. ¡No se habían movido siquiera un milímetro!

Se preguntaba, con un escalofrío, en qué podría estar pensando su esposo. A pesar de sentir un enorme desasosiego, lo que la dominaba de verdad era el odio hacia la actitud de aquel hombre. Y una vez más ese odio despertó en ella todos sus deseos innatos de atormentarlo…, de hacerle sufrir.

De repente, sin aviso alguno, se lanzó sobre el lecho de su marido, lo cogió por los hombros con sus grandes manos y comenzó a zarandearlo llena de furia.

Desconcertado por aquella súbita violencia, el inválido empezó a temblar. Se mordió los labios y dedicó una feroz mirada a su esposa.

—¿Te has enfadado? ¿Por qué me miras así? —preguntó Tokiko con tono sarcástico—. No te sirve de nada enfadarte, ¡ya lo sabes! Estás por completo a mi merced.

Sunaga no era capaz de responder, pero las palabras que hubiera podido pronunciar salían a la luz por medio de su penetrante mirada.

—¡Tienes unos ojos de loco! —gritó Tokiko.

—¡Deja de mirarme así! Presa de un inesperado arrebato, clavó los dedos con fuerza en los ojos del hombre en medio de terribles chillidos. —¡Ahora intenta mirarme si puedes!

El inválido se defendió de forma desesperada retorciendo el torso sin cesar, y al final su intenso sufrimiento le dio la fuerza necesaria para elevar el tronco y derribar de un golpe a su mujer, que cayó de espaldas.

Tokiko recuperó el equilibrio enseguida y se dio la vuelta para reanudar la agresión. Pero se detuvo de pronto… ¡Qué horror! La sangre manaba a borbotones de los ojos de su esposo; su rostro, deformado por el dolor, había adquirido la palidez de un pulpo hervido.

El miedo dejó paralizada a Tokiko. Había privado cruelmente a su marido de la única ventana que poseía para comunicarse con el mundo exterior. ¿Qué le quedaba ahora? Nada, nada en absoluto…, excepto un

montón de carne con aspecto cadavérico en medio de la más completa oscuridad.

Bajó las escaleras con paso inseguro y, tambaleándose, se aventuró descalza en la negrura de la noche. Atravesó la puerta trasera del jardín, llegó corriendo hasta el camino del pueblo a toda velocidad, como perseguida por espectros en una pesadilla: muy deprisa, pero sin que apenas se notara el movimiento.

Por fin llegó a su destino: la solitaria casa de un médico de la zona. Tras oír el histérico relato de la mujer, el doctor la acompañó a su hogar.

Su marido seguía debatiéndose de un modo violento en el dormitorio, víctima de una tortura infernal. El médico había oído hablar muchas veces de aquel hombre sin miembros, pero nunca lo había visto; la impresión que le provocó la horrible vista del inválido fue tan intensa que se quedó sin palabras. Le administró una inyección para aliviar el dolor, vendó los cegados ojos y luego salió de allí como alma que lleva el diablo, sin pedir siquiera una explicación acerca del «accidente».

Cuando cesaron los esfuerzos del teniente Sunaga ya

había amanecido. Tokiko le acariciaba el pecho llena de ternura, y, hecha un mar de lágrimas, imploraba:

—Perdóname, amor mío. Por favor, perdóname.

El trozo de carne se hallaba abatido por la fiebre, tenía el rostro enrojecido y el corazón le latía muy deprisa.

Tokiko no abandonó el lecho de su paciente en todo el día, ni siquiera para comer. No hacía más que ponerle paños húmedos en la cabeza; y, en los intervalos de tiempo entre uno y otro, escribía sin parar «Perdóname» con los dedos sobre el pecho de su marido.

Había perdido la noción del tiempo.

Por la noche remitió algo la fiebre, y la respiración del enfermo pareció recobrar su ritmo habitual. Tokiko conjeturó que también habría recuperado la conciencia, por eso volvió a escribir en su pecho «Perdóname». El trozo de carne, no obstante, no hizo el menor intento por responder. A pesar de haber perdido la visión, aún le hubiera sido posible contestar mediante algún tipo de señal, bien moviendo la cabeza, bien sonriendo. Pero su expresión facial no se alteró. Ella sabía, por el sonido de la respiración, que no estaba dormido, aunque le resultaba imposible decir si también había perdido la capacidad de comprender el mensaje trazado sobre su

pecho, o si en realidad aquel silencio estaba provocado por la ira.

Tokiko no dejaba de contemplarlo y era incapaz de controlar los temblores que le ocasionaba el terror. Aquella «cosa» que yacía ante ella era, no cabía duda, una criatura viva. Tenía pulmones, estómago y corazón. Sin embargo, no veía, no oía, no hablaba, y carecía de brazos y piernas. Su mundo era un insondable pozo de silencio perpetuo y de oscuridad sin límites. ¿Quién era capaz de imaginar un mundo así? ¿Con qué se podrían comparar las sensaciones de un hombre que viviera en aquel abismo? Seguro que ansiaba poder gritar para pedir ayuda con todas sus fuerzas…, ver formas, por borrosas que fueran…, oír voces, aunque se tratase del más tímido de los susurros…, aferrarse…, asirse a algo…

De pronto, Tokiko rompió a llorar presa del remordimiento por el irreparable crimen que había cometido. Con el corazón desgarrado por el miedo y por el dolor, dejó a su marido allí y corrió en busca de los Washio en la casa principal: deseaba ver un rostro humano…, cualquier rostro que no fuese deforme.

El anciano general escuchó muy preocupado la larga confesión de la mujer, en ocasiones incoherente a causa

de los ataques de llanto, y una vez finalizada quedó tan atónito que no pudo articular palabra. Unos instantes después dijo que visitaría al teniente de inmediato.

Como ya había oscurecido, al anciano le prepararon un farol. Tokiko y él atravesaron lenta y pesadamente el terreno cubierto de hierba por el que se iba a la casa de campo: los dos caminaban en silencio, absortos en sus propios pensamientos.

Cuando por fin llegaron a la mala venturada habitación, el viejo miró dentro y luego exclamó:

—¡Aquí no hay nadie! ¿Adónde ha ido?

Tokiko, sin embargo, no se alarmó.

—Debe de estar en su cama — apuntó.

Se dirigió a la cama casi en tinieblas, pero la halló vacía.

—¡No! —gritó—. ¡No…, no está aquí!

—No puede haber salido— reflexionó el general—. Tenemos que buscar en el interior de la casa.

Tras mirar hasta en el último rincón de la vivienda y no encontrar nada, el general Washio no tuvo más remedio que admitir que su antiguo subordinado, en efecto, no estaba allí.

De repente, Tokiko descubrió unas letras garabateadas en una de las paredes de papel.

— ¡Mire! —exclamó ella con gesto de sorpresa, señalando aquel mensaje escrito—. ¿Qué es eso?

Ambos se agacharon para ver mejor. Tras pasar un rato tratando de descifrar unos trazos casi ilegibles, ella dio con la solución.

«Te perdono», era lo que decía el texto.

De los ojos de Tokiko brotaron las lágrimas al instante y comenzó a sentirse mareada. Era evidente que su marido se las había arreglado para arrastrar su cuerpo mutilado por la habitación, se había hecho con un lapicero de la mesa baja utilizando la boca y, con un esfuerzo enorme, había conseguido escribir el lacónico mensaje, y después…

Tokiko reaccionó de pronto, dispuesta a actuar.

— ¡Rápido! —gritó palideciendo— ¡Puede que esté tratando de suicidarse!

Hicieron levantarse a todos los que habitaban en la casa de los Washio, y poco después los criados salieron al campo con faroles para iniciar la búsqueda. Miraron por todas partes, pisoteando la maleza entre la casa principal y la pequeña casa de campo.

Tokiko seguía ansiosa al viejo Washio y la débil luz del farol que este sostenía. Mientras caminaba, la frase «Te perdono» acudía una y otra vez a su mente; estaba claro que se trataba de la respuesta de su marido al mensaje que ella había dibujado en su pecho. No dejaba de dar vueltas al significado de aquellas palabras hasta que se dio cuenta de que también querían decir «Voy a morir. Pero no sufras, ¡porque te he perdonado!».

¡Se había portado como una bruja sin corazón! Era capaz de imaginar con gran nitidez a su marido cayendo escaleras abajo y arrastrándose en la oscuridad, y creyó que el dolor y el remordimiento la terminarían asfixiando.

Después de andar un buen rato, la golpeó un pensamiento horrible. Se volvió hacia el general y aventuró:

—Por aquí había un pozo, ¿no es así?

—Así es —respondió él con aire serio, comprendiendo de inmediato lo que ella quería decir.

Los dos echaron a andar a toda prisa en una nueva dirección.

—El pozo debería estar por aquí, creo —señaló el anciano por fin, como hablando para sus adentros. Luego alzó el farol para conseguir la máxima iluminación posible.

En ese preciso instante, Tokiko fue alcanzada por una extraña intuición. Se detuvo por completo. Aguzó los oídos y oyó un débil susurro, como el que hace una serpiente arrastrándose entre la hierba.

Tanto ella como el anciano dirigieron la vista hacia aquel sonido, y casi de modo simultáneo los dos se vieron paralizados por el terror.

En medio de aquella luz tan tenue, había algo que se retorcía con lentitud por la espesa maleza.

De pronto, aquello alzó la cabeza y se arrastró hacia delante restregando por el suelo unas protuberancias semejantes a excrecencias situadas en las cuatro

esquinas de su cuerpo. Avanzaba con sigilo centímetro a centímetro.

Un poco después, la erguida cabeza desapareció de repente en el suelo llevándose al cuerpo tras ella. Unos segundos más tarde oyeron el apagado sonido de algo que caía al agua muy por debajo del nivel del suelo, como si de las entrañas de la tierra se tratase.

Tokiko y el general lograron reunir por fin el coraje suficiente para dar un paso adelante…, y allí, oculto entre la hierba, hallaron el viejo pozo con su enorme boca negra abierta.

Aunque parezca extraño, durante aquellos instantes que habían quedado al margen del tiempo, la imagen que relampagueó una vez más en la mente de Tokiko fue la de una oruga: una criatura abotargada que se arrastraba despacio por la rama muerta de un árbol seco en una noche oscura… avanzando paso a paso hasta el final de la rama y entonces, de pronto, se precipitaba…, caía…, caía a la insondable oscuridad que aguardaba debajo.

El precipicio

ES PRIMAVERA. En la cima de un precipicio, a algo más de un kilómetro del balneario de K, hay dos personas sentadas sobre una roca. En el fondo del valle que se encuentra debajo de ellos, se oye el débil murmullo del agua de un río. El hombre tiene unos veinticinco años, la chica alguno más. Ambos llevan puesto el quimono acolchado que se utiliza para salir al exterior de un hotel de aguas termales.

CHICA: ¿No es raro que en todo este tiempo no hayamos hablado de esos incidentes que no dejan de rondamos por la cabeza? A veces creo que me voy a asfixiar si no lo hacemos. Como hoy disponemos de tanto tiempo libre, podemos ocuparnos de esos asuntos del pasado. No te importa, ¿verdad, querido?

HOMBRE: Claro que no, querida. Empieza tú, que yo intervendré de vez en cuando.

CHICA: Bien, veamos… Hay que empezar por el principio: fue aquella noche en que yo estaba acostada en la cama junto a Saito. Él lloraba como siempre, con su cara pegada a la mía, y sus lágrimas no dejaban de gotear sobre mi boca…

HOMBRE: ¡No seas tan explícita! No me apetece escuchar esas intimidades con tu primer marido.

CHICA: Pero es que se trata de un aspecto importante de la historia, porque fue entonces cuando vi por primera vez con claridad sus planes. De todos modos, deacuerdo…, te ahorraré los detalles… Pues fue exactamente al percibir el sabor salado de sus lágrimas cuando de pronto me dije a mí misma que sucedía algo extraño. Aquella noche él lloraba de un modo más intenso de lo habitual, como si hubiera alguna razón oculta. Me aparté sobresaltada y miré sus ojos bañados en lágrimas.

HOMBRE: Se te helaría la sangre… al ver que la felicidad de su matrimonio de repente se transformaba en miedo. Recuerdo, según me dijiste, que te pareció percibir una gran pena en sus ojos cuando me devolvió la mirada.

CHICA: Sí, sus ojos transmitían con una enorme elocuencia la pena que sentía por mí. Creo que los más íntimos secretos de un hombre se pueden leer en sus ojos. Y en aquella ocasión, no me cabía duda, los ojos de Saito eran tan elocuentes que al instante me di cuenta de lo que pensaba.

HOMBRE: Estaba planeando matarte, ¿verdad?

CHICA: Sí. Pero, por supuesto, todo aquello no era para él más que una especie de juego. Como ya sabes, en cierto modo era un sádico, mientras que yo era justo lo contrario. Estoy segura de que esa es la razón por la que deseábamos jugar a aquel juego. Es innegable que nos amábamos, pero al mismo tiempo ambos sentíamos una irresistible necesidad de hallar más emociones.

HOMBRE: ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! No hace falca que digas nada más.

CHICA: Aquella noche fue la primera vez que me di cuenta de que podía leerle el pensamiento con toda claridad. Durante algún tiempo me había sentido inquieta a causa de algunas vagas sospechas, pero ahora había caído en las garras del miedo en su versión más tangible. Me estremecía al pensar que él fuera capaz de llegar tan lejos. Y sin embargo, a pesar de mis temores, estaba entusiasmada.

HOMBRE: Aquella mirada de pena que viste en sus ojos… también formaba parte del juego, ¿no es cierto? Quería atemorizarte; era su forma de insinuar lo que esperaba. Y luego…

CHICA: Luego viene el hombre del abrigo azul.

HOMBRE: Sí, con un sombrero azul de fieltro, gafas oscuras y un tupido bigote.

CHICA: Tú ya lo habías visto antes, ¿verdad?

HOMBRE: Sí, ahí entro yo, un pintor en busca de trabajo que se alojaba en tu casa y que hacía el papel de payaso en medio de vuestros asuntos. Fue un día en que yo vagaba por las calles cuando ese hombre me llamó la atención por primera vez. Y la dueña de la casa de té de la esquina me dijo que aquel desconocido no dejaba de hacer preguntas acerca de tu lugar de residencia.

CHICA: Dio la casualidad de que, después de que me informaras de ello, yo misma lo vi. La primera vez fue en el exterior de la cocina, y las dos siguientes cerca de la puerta de entrada. En todas esas ocasiones se hallaba de pie como una sombra, con un abrigo muy amplio y ambas manos hundidas en los bolsillos.

HOMBRE: Al principio creí que era un ratero, y, además, varios criados del barrio me previnieron acerca de él.

CHICA: Pero resultó ser mucho peor, un personaje con bastante más peligro que un simple ratero, ¿no es así? Por algún inexplicable motivo, aquella espantosa

noche mi mente se vio asaltada por su siniestra silueta en el instante en que fijé la vista en los ojos anegados de lágrimas de mi marido.

HOMBRE: Y después tuviste un tercer indicio de sus planes, ¿verdad?

CHICA: Sí, aquellas historias policíacas que tú empezaste a traernos. Habíamos leído ese tipo de relatos con anterioridad, claro está, pero fuiste tú quien realmente despertó nuestro interés en el arte del crimen. Todo comenzó unos meses antes de ver al misterioso desconocido, y casi todas las noches nuestra conversación solía girar en torno a diversos crímenes llevados a cabo con éxito. Saito, mi marido, por supuesto, era el que mostraba más entusiasmo, como bien recordarás.

HOMBRE: Sí, eso fue más o menos cuando a él se le ocurrió la mejor idea de todaslas que tuvo.

CHICA: Te refieres al truco de la doble personalidad. La verdad es que había un montón de formas distintas de crear una doble personalidad, ¿no? Recuerdo aquella lista tan larga que hiciste.

HOMBRE: Treinta y tres modos diferentes, si estoy en lo cierto.

CHICA: Pero a Saito lo que más le atraía era la posibilidad de inventar un personaje que no existiera en absoluto.

HOMBRE: La teoría era muy sencilla. Por ejemplo, si alguien decidía llevar a cabo un asesinato, mucho antes del crimen crearía un personaje imaginario. Ese personaje sería su doble. Se correspondería con una descripción sencilla: un bigote falso, gafas oscuras y ropa llamativa. Después situaría a ese doble en un domicilio muy lejano al suyo, y se dedicaría a vivir dos vidas. Mientras se suponía que el personaje real estaba trabajando, el doble estaría en su casa, y viceversa. Todo sería incluso más sencillo si uno de los dos personajes tuviera que hacer un largo viaje. Una vez diseñado el escenario, el asesinato podría perpetrarse en el momento oportuno, pero justo antes del crimen el personaje imaginario debería dejarse ver ante diversos testigos. Y luego desaparecería por completo de la faz de la tierra. Previamente, porsupuesto, tendría que eliminar hasta la última prueba que pudiera incriminarlo, como por ejemplo el disfraz. De modo que se hallaría ausente de casa de forma permanente, y el personaje real solo necesitaría retomar su forma de vida anterior. Es evidente que, al tratarse de un crimen cometido por un personaje inexistente, nos hallaríamos ante el crimen perfecto.

CHICA: Saito no dejaba de hablar de ese asunto y yo creí que me iba a volver loca. Mientras le miraba a los ojos, me acordaba de todo esto. Pero aún había una pista más que conducía a sus pensamientos ocultos. Era un diario, que él había «escondido» con la finalidad expresa de que yo lo encontrara. Aunque, al pretender que yo lo leyera, es obvio que no mencionaba sus auténticos secretos. Por ejemplo, no decía una sola palabra acerca de su amante.

HOMBRE: Era como subrayar determinadas líneas de una carta para asegurarse de que las leían.

CHICA: Leí el diario de cabo a rabo. Había algunas páginas dedicadas a la idea de la doble personalidad. Sus ingeniosas ideas me dejaron impresionada. Y debo decirque era un mago con la pluma.

HOMBRE: Continúa.

CHICA: Bien, yo ya tenía tres pistas. Primero, su mirada; luego, el hombre del abrigo azul; y, por fin, el diario que describía el truco de la doble personalidad. Pero, por alguna extraña razón, tenía la sensación de que el cuadro estaba incompleto. No parecía existir ningún móvil. Tú me diste la idea al contarme lo de su amante. Después de eso nunca pude volver a mirarle a

los ojos sin ver el reflejo de una mujer hermosa, tal y como yo imaginaba a esa amante. A veces incluso creía oler su perfume en él.

HOMBRE: En otras palabras, aquellas pistas te convencieron de que él planeaba matarte para hacerse con la fortuna que tú heredaste de tu padre, y después disfrutarla con su amante.

CHICA: Sí, pero al mismo tiempo yo sabía que no era más que un juego para asustarme.

HOMBRE: Sí, quizá es lo que tú pensaste, pero su móvil era bastante real. Su plan era entrar a robar disfrazado en tu habitación, matarte y desaparecer. El auténtico Saito regresaría un poco más tarde, «descubriría» tu asesinato, y luego adoptaría el papel de marido afligido por la pena.

CHICA: Sí, pero como ya dije antes, todo formaba parte del mismo juego para amedrentarme, y para disfrutar de la emoción del suspense. ¡Imagínate qué juego tan horrible! Esa emoción era lo que él buscaba. Es sorprendente la meridiana claridad con la que todos esos detalles acudieron a mi mente en la fracción de segundo en que le miré a los ojos.

HOMBRE: Pero ¿hasta dónde se supone que pensaba llegar Saito? ¿Cuál era el verdadero propósito de su disfraz del abrigo azul?

CHICA: Creo que realmente pretendía robar disfrazado en mi dormitorio y asustarme para sacarme de quicio. Después, tras haber disfrutado con mi estado de histeria, se hubiera echado a reír a carcajadas.

HOMBRE: Sin embargo, eso no es lo que al final sucedió, ¿verdad?

CHICA: ¡Claro que no! Hasta entonces todo había sido en cierto modo una broma. Pero lo que ocurrió más adelante casi me heló la sangre. Tiemblo solo de pensarlo.

HOMBRE: No más que yo. Pero continúa…, quítate ese peso de encima ahora que nadie puede oírnos.

CHICA: De acuerdo… El llanto histérico se repitió en varias ocasiones en que estábamos en la cama, y poco a poco me fui dando cuenta de que ya no me sería posible adivinar nada mirándole a los ojos. En realidad, ya no sabía si estaba fingiendo o…

HOMBRE: Empezaste…, empezaste a sospechar que planeaba matarte de verdad, ¿no es así?

CHICA: Sí. Su vidriosa y extraviada mirada parecía decir: «Al principio me inventé un personaje imaginario para que vivieras una situación distinta y emocionante. Pero una vez que el juego ha llegado tan lejos, estoy confuso. Qué sencillo sería matarte de verdad y, a pesar de todo, quedar libre de toda sospecha. Además, eres dueña de una enorme fortuna… que pasaría a mis manos. ¡Qué tentación! Y es que, la verdad sea dicha, hay alguien a quien amo más que a ti. Pero siento lástima por ti, créeme». En la tortura de aquellas noches, mis temores se iban haciendo cada vez más intensos. Y fue por entonces, con la cabeza hecha un lío mientras nos abrazábamos con fuerza en la oscuridad de la habitación, cuando de nuevo comencé a sentir el sabor salado de sus lágrimas al gotear en mi boca.

HOMBRE: Ahí fue cuando viniste a hablar conmigo.

CHICA: Sí, aunque tú dijiste que era una histérica y te tomaste a broma mis temores. Pero, a pesar de tus risotadas, percibí una sombra oculta en tu mirada y empecé a sospechar que compartías mi miedo.

HOMBRE: Quizá tú pensaras eso, pero no era el caso en absoluto. Siempre has tenido esa mirada penetrante para leer la mente, ¿verdad? No hay mucha gente queposea el poder de leer incluso el subconsciente como te sucede a ti.

CHICA: A partir de entonces ya me daba miedo mirarle a los ojos. Y lo que más temía era que él también pudiera leer en los míos. Poco a poco, la idea de hacerme con su pistola se fue apoderando de mi pensamiento… Una noche volví a ver al hombre del abrigo azul junto a la puerta de entrada. Casi había oscurecido, pero tuve la sensación de que me estaba dedicando una mirada lasciva. Un escalofrío me recorrió la espalda. Y en aquel instante me acordé de la pistola de nuevo: el arma que estaba escondida en el cajón del escritorio de Saito.

HOMBRE: Yo también conocía la existencia de esa pistola. Él sabía que tener armas de fuego iba contra la ley, pero aun así la tenía, completamente cargada, y la guardaba en uno de los cajones de la mesa…, por el mero hecho de tenerla, creía yo.

CHICA: De repente se me ocurrió que el hombre del abrigo azul podía tener esa pistola en el bolsillo. Acto seguido me dirigí a la mesa de Saito y miré en el cajón. Pero la pistola estaba allí y sentí un inmenso alivio. Luego

tuve otra idea. Me dije a mí misma: «Seguro que si ese hombre es Saito disfrazado no iba a ser tan estúpido como para utilizar su propia pistola. Eso significa que tiene en mente emplear un arma distinta». Y así mis temores no hicieron otra cosa que aumentar.

HOMBRE: Entonces decidiste coger la pistola para tu propia protección.

CHICA: Sí, la saqué de la mesa y la guardé. Por la noche incluso dormía con ella.

HOMBRE: Que esa pistola existiera fue un hecho poco afortunado. Porque de no haber sido así…

CHICA: Fue cuando te pregunté qué me ocurriría si un hombre entrara a robar en mi habitación de noche y yo le disparase, aunque no tuviera pensado matarme. ¿Recuerdas?

HOMBRE: Sí, y si no recuerdo mal te dije que se consideraría legítima defensa y no un asesinato. Después lamenté haberte dicho eso.

CHICA: Y al final vino, como era de esperar. Era más de medianoche. Saltó el cercado y entró a hurtadillas en la casa por la ventana de la cocina. Lo primero que vi

fue que la puerta de mi dormitorio se abría lentamente, y luego apareció él. Era él, sin duda. Llevaba puesto el mismo abrigo azul. Tenía bien calado el sombrero y las gafas oscuras le tapaban los ojos… ¡y aquel horrible bigote! ¡Había llegado el momento! Fingí que estaba dormida, pero lancé una furtiva mirada a su figura… y agarré con fuerza la pistola…

HOMBRE: ¿Y luego?

CHICA: Casi podía oír los latidos de mi corazón. Deseaba… ¡Oh, cómo lo deseaba! Deseaba apretar el gatillo, pero esperé. Él estaba de pie en el umbral de la puerta con las manos en los bolsillos. Tuve la impresión de que sabía que yo estaba fingiendo. Nos miramos el uno al otro durante un tiempo que pareció una hora. Yo quería gritar, saltar de la cama y salir corriendo, pero apreté los dientes y me mantuve vigilante.

HOMBRE: ¿Y después?

CHICA: De repente empezó a andar hacia mí. Eché un vistazo desde abajo de las sábanas y vi el gesto amenazador de su rostro junto a la lámpara de la mesilla. Se había disfrazado muy bien, pero no tuve ninguna duda de que se trataba de Saito. Los ojos tras los cristales oscuros parecían sonreír. Su cara se iba aproximando

poco a poco… No vi el cuchillo que llevaba en la mano, pero era evidente que pretendía matarme. Giré despacio la pistola bajo la colcha y le apunté al corazón. Luego apreté el gatillo… El ruido fue lo que os hizo venir a ti y a la criada, aunque para entonces yo ya me había desmayado.

HOMBRE: Tan pronto como vi al muerto, supe lo que había sucedido. El cuchillo estaba en el suelo a su lado.

CHICA: Luego llegó la policía y, unos días después, nos llamaron a los dos adeclarar a la oficina del fiscal. Les conté toda la historia desde el principio hasta el final, contigo como testigo, y no tardaron en dejarme ir. El cuchillo que hallaste tú era la prueba de que había matado a Saito en defensa propia… Al poco tiempo sufrí un ataque de nervios y me pasé un mes en cama. Qué importantes fueron para mí tus visitas diarias, ocupando el lugar de los amigos y familiares de los que yo carecía… Incluso solucionaste por mí el asunto de la amante de Saito…

HOMBRE: Y ahora, imagínate, ya ha pasado un año. Llevamos casados más de cinco meses… Bueno, volvamos al hotel.

CHICA: No. Aún hay algo más.

HOMBRE: ¿Sí? ¿Qué queda por decir? ¿Acaso no hemos repasado todos los detalles?

CHICA: Sí, pero hasta ahora solo hemos hablado de lo superficial.

HOMBRE: ¿Lo superficial? Yo creo que hemos analizado todo el asunto de un modo minucioso.

CHICA: Pero olvidas, querido, que tras una cortina siempre hay otra…

HOMBRE: Te juro que no tengo ni idea de lo que quieres decir. Hoy te estás comportando de una manera extraña.

CHICA: Tienes miedo, ¿no es así?

En el rostro del hombre se dibuja una mueca, pero sus ojos no muestran expresión alguna. Los de la chica brillan, mientras que sus labios se despliegan en una sonrisa maliciosa.

CHICA: Si a un hombre le fuera posible obligar a otro a cometer un crimen importante solo por medio de su capacidad de sugestión, qué gran placer obtendría de ello… Al servirse de una marioneta alejada de toda

sospecha para llevar a cabo su objetivo, sería totalmente imposible que lo descubrieran. Este es, en mi opinión, el crimen perfecto del que nunca hemos hablado.

HOMBRE: ¿Qué…, qué demonios quieres decir?

CHICA: ¡Sólo estoy tratando de hacerte ver qué clase de hombre eres…! Pero no te asustes. No tengo intención de correr a contárselo a la policía. Ya sabes que soy una mujer muy comprensiva. Vamos, no nos andemos con rodeos.

HOMBRE: Escucha, se está haciendo tarde…

CHICA: ¿Lo ves? ¡Te dije que me tenías miedo! Y lo único que sucede es que odio dejar las historias a medias…, así que, por favor, deja que continúe… Saito era la marioneta idónea para ti. En primer lugar hiciste que se interesara por los relatos policíacos. Luego lo convenciste de que el truco de la doble personalidad era infalible. Y muy poco a poco, mediante tu capacidad de sugestión, lo fuiste hundiendo cada vez más en los abismos del crimen… El hecho de que Saito tuviera una amante no fue más que una coincidencia, pero también le sacaste partido a eso.

HOMBRE: Estás loca… Es muy fácil extraer las

conclusiones que a uno le parecen bien para que encajen en cualquier esquema…

CHICA: Pero piensa un poco en lo que ocurrió. Sabes muy bien que siempre eras tú, y nadie más que tú, quien hacía que un acontecimiento condujera al siguiente…, hasta que al final yo maté a Saito. Fue todo idea tuya y te servías de tu capacidad de sugestión, ¡lo sabes muy bien!

HOMBRE: Pero olvidas algo. ¡Podrías no haber matado a Saito!

CHICA: En ese caso no hubieras tardado en adoptar una estrategia diferente. De todos los tipos de criminales que existen, tú eres el más astuto, ya que tu táctica está basada en probabilidades. Si un plan se desbarata, rápidamente se te ocurre otro… y otro… Alguno de ellos termina teniendo éxito…, y sin que nadie sospeche de ti. Sí, está claro que has conseguido cometer el crimen perfecto.

HOMBRE: Estoy empezando a enfadarme. Te has inventado por completo esa historia y no tiene el más mínimo sentido. Me voy al hotel.

CHICA: ¡Mírate! Tienes el rostro cubierto de sudor. ¡No niegues que estás nervioso! Pero vas a tener que

escucharme hasta el final. Cuando apreté el gatillo de aquella pistola, no vi que Saito tuviera cuchillo alguno. Solo suponía que pretendía matarme, por eso lo macé yo a él… Pero también había otra razón. Yo te amaba, y tú lo sabías… No vi el cuchillo hasta que recobré la conciencia después de desmayarme, y allí estaba el arma, junto al cuerpo de Saito. El caso es que tú fuiste el primero en llegar a aquel escenario después de que yo matase a Saito, y qué fácil te hubiera resultado marcar el cuchillo con las huellas dactilares del muerto y colocarlo a su lado. De ese modo no solo te librabas de Saito, sino que también creabas las pruebas necesarias para que yo saliera airosa de cualquier acusación.

HOMBRE: ¡Qué cosas tan divertidas salen de esa imaginación tuya! ¡Ja, ja!

CHICA: No creas que vas a engañarme con tus carcajadas. Mira, ¡estás temblando! No tienes por qué, créeme. No se lo voy a contar a nadie. ¿Cómo te iba a traicionar después de todas las molestias que te has tomado para conseguirme? Solo quería hablar de este asunto contigo, nada más que una vez… No se lo diré a nadie, no temas.

El hombre se incorpora en silencio, y la mirada que le dedica a la chica indica de forma elocuente que no

tiene nada más de qué hablar con una lunática. La chica también se pone en pie y, sin prestar atención al hombre, que permanece inmóvil, comienza a caminar despacio hacia el borde del precipicio. Un instante después, el hombre va tras ella. Al llegar a un punto situado a menos de un metro del borde del precipicio, ella se detiene. Abajo, mucho más abajo, el débil murmullo de la corriente del río se eleva entre la niebla que cubre el abismo. Sin siquiera girar la cabeza, la chica continúa dirigiendo sus palabras al hombre que está detrás de ella.

CHICA: La verdad es que hoy hemos sacado a la luz nuestros pensamientos más íntimos, ¿no lo crees así? De todos modos, me gustaría decirte algo más. Yo te amaba, así, sin más, pero tú deseabas mi dinero tanto como a mí. Y ahora sólo quieres mi dinero. Lo sé. Y tú sabes que lo sé. ¿O acaso estoy equivocada? Por eso me trajiste hoy a este solitario lugar… Al igual que Saito, no puedes vivir sin mi dinero, de modo que empiezas a desear que sufra algún accidente. Si me sucediera algo, por supuesto, tú heredarías todo mi dinero, ya que eres mi marido… Da la casualidad de que también sé que tienes una amante… y que me odias por entorpecer tus planes.

En ese momento la chica oye a sus espaldas la agitada respiración del hombre y se da cuenta de que ha ido acercándose a ella de forma sigilosa.

Piensa que ha llegado la hora. De pronto siente que las manos del hombre la agarran por los hombros. Comienzan a empujarla con fuerza…, cada vez con más fuerza. En el instante exacto en que aquellas manos masculinas dan el golpe final, ella salta haciéndose a un lado en un abrir y cerrar de ojos. El hombre pierde el equilibrio, se tambalea mientras cae de frente arañando desesperado el espacio vacío. Acto seguido sus pies pisan el aire inconsistente y su cuerpo cae como un rayo en la inmensidad del abismo.

Instantes después se oye el alegre piar de los pájaros desde lo más profundo del follaje circundante. En la distancia, el sol se va hundiendo como una bola de fuego que tiñe de un intenso rojo las nubes suspendidas en el aire La chica permanece inmóvil en la cima del precipicio. Luego, de manera lenta y mecánica, comienza a musitar para sus adentros:

«Defensa propia otra vez. ¡Qué curioso! Hace un año que Saito intentó matarme. Pero el muerto fue él, no yo. Y ahora ese imbécil ha tratado de hacerme caer por este precipicio. Pero quien ha caído ha sido él… Yo he sido la auténtica asesina de ambos.

Y sin embargo, la ley no me castigará… ¡Qué fácil es matar! Quién sabe, quizá sea de verdad la bruja que

aparento ser…, quizá esté destinada a no detenerme jamás, a matar a un marido tras otro…».

Como un pino solitario, la chica sigue en pie sin moverse al borde del precipicio, desapareciendo poco a poco de la vista a medida que la oscuridad se cierne sobre ella.

El infierno de los espejos

Tanuma es uno de los amigos más extraños que he tenido nunca. Desde el principio sospeché que sufría algún tipo de desequilibrio mental. Hay quien lo consideraría poco más que un excéntrico, pero yo estoy convencido de que se trataba de un lunático. Sea como fuese, tenía una obsesión, una pasión por todo lo que pudiera reflejar una imagen, así como por cualquier clase de lente. Incluso, cuando no era más que un niño, los únicos juguetes con los que se divertía eran faroles mágicos, telescopios, cristales de aumento, caleidoscopios, prismas y objetos similares.

Puede que esta extraña obsesión de Tanuma fuera hereditaria, ya que a su bisabuelo Moribe también se le conocía la misma afición. Prueba de ello es la colección de objetos (artículos de cristal y telescopios primitivos, además de libros antiguos sobre temas afines) que el tal Moribe había obtenido de los primeros mercaderes holandeses llegados a Nagasaki. Sus descendientes los fueron heredando hasta que terminaron en manos del último de ellos, mi amigo Tanuma.

Aunque los episodios relacionados con la obsesión de Tanuma por espejos y lentes en su infancia son casi infinitos, los que recuerdo con más nitidez tuvieron lugar

en el último tramo de su estancia en el instituto, cuando se sumió por completo en el estudio de la física, sobre todo de la óptica.

Un día, mientras estábamos en clase (Tanuma y yo éramos compañeros de curso en el mismo colegio), el profesor pasó entre los alumnos un espejo cóncavo y nos invitó a todos a observar los reflejos de nuestras caras en él. Cuando me tocó a mí retrocedí horrorizado, ya que los numerosos granos purulentos de mi rostro, aumentados varias veces por aquel objeto, eran idénticos a los cráteres de la luna vistos a través del telescopio gigante de un observatorio astronómico. Quizá sea el momento de decir que siempre había sido sensible en extremo acerca de la gran cantidad de granos que tenía en la cara, tanto que la impresión que sufrí en aquella ocasión me provocó auténtica fobia a mirarme en ese tipo de espejos cóncavos. En una ocasión, poco después del incidente mencionado, fui de visita a una exposición de ciencias, pero en cuanto descubrí a lo lejos la presencia de un inmenso espejo cóncavo di media vuelta y me alejé presa del pánico. Tanuma, por el contrario, tuvo una reacción opuesta a la ocasionada por mi acusada sensibilidad, y en cuanto vio el espejo cóncavo que llevaron a clase dejó escapar un agudo chillido de alegría.

—Maravilloso…, maravilloso —gritó entre las carcajadas del resto de los estudiantes.

Sin embargo, para Tanuma no era ninguna broma, más bien se trataba de un asunto muy serio. A partir de entonces creció tanto su afición por los espejos cóncavos que no dejaba de comprar todo tipo de materiales útiles para sus fines: alambre, cartón, espejos y objetos por el estilo. Con ellos comenzó a construir, como si fuera un niño travieso, diversas cajas mágicas infernales para las que se sirvió de los muchos libros que había ido adquiriendo, todos ellos dedicados al arte de la magia científica.

Tras acabar el instituto, Tanuma no mostró ninguna intención de continuar con su carrera académica. En su lugar, con el dinero que le proporcionaban unos padres generosos y poco exigentes, construyó un pequeño laboratorio en un rincón de su jardín. Y dedicó todo su tiempo y sus esfuerzos a aquella obsesión por los instrumentos ópticos.

Terminó aislándose del todo en su extraño laboratorio, y yo era el único amigo que le visitaba de vez en cuando, ya que los demás lo habían dejado de lado a causa de su creciente excentricidad. Cada una de mis visitas me hacía preocuparme más y más con respecto a

su anormal forma de actuar, y es que me parecía evidente que su enfermedad iba de mal en peor.

Por aquella época murieron sus padres y recibió una magnífica herencia. Al verse libre de cualquier tipo de supervisión, y con fondos de sobra para satisfacer hasta el último de sus caprichos, su irresponsabilidad fue en aumento. Al mismo tiempo, como ya tenía veinte años, comenzó a mostrar un acusado interés por el sexo opuesto. Esta inclinación se mezcló con la mórbida obsesión por la óptica, y ambas se constituyeron en una poderosa fuerza que lo dominó por completo. Lo primero que hizo con su herencia fue construir un pequeño observatorio que equipó con un telescopio astronómico para explorar los misterios de los planetas.

Como su vivienda se hallaba situada en alero, se trataba de un lugar idóneo para aquella finalidad. Pero a él no le bastaba con una ocupación tan inocua. No tardó en dirigir el celescopio hacia la tierra y enfocar con su lente las casas de los alrededores. Ni los cercados ni otras barreras eran un obstáculo para él, ya que el observatorio estaba en un punto muy elevado.

Los ocupantes de los hogares circundantes, que no tenían la más mínima sospecha de que los ojos curiosos de Tanuma los espiaban a través de un celescopio,

hacían su vida sin preocupación alguna y dejaban las puercas correderas de papel abiertas de par en par. La consecuencia fue que la exploración secreta de la vida privada de los vecinos proporcionó a Tanuma un placer hasta entonces desconocido.

Una noche tuvo el detalle de invitarme para que echase un vistazo, pero lo que vi me hizo enrojecer de vergüenza y me negué a volver a participar en esa actividad. Poco después instaló un tipo especial de periscopio, que le proporcionaba una completa vista de las habitaciones de sus numerosas sirvientas mientras él estaba sentado en el laboratorio. Ignorantes de este hecho, las criadas se comportaban con toda libertad en sus dependencias privadas.

Uno de los episodios de aquellos días, que aún no he logrado alejar de mi pensamiento, tuvo como protagonistas a los insectos. Tanuma empezó a estudiarlos con un pequeño microscopio y disfrutaba como un niño observando tanto sus peleas como sus apareamientos. Tuve la desgracia de presenciar una terrible escena: la de una pulga aplastada. Fue una visión realmente cruenta, ya que, aumentada mil veces, parecía un enorme jabalí debatiéndose en un charco de sangre.

Más adelante fui a visitar a Tanuma una tarde y llamé

a la puerta del laboratorio, pero no respondió. Por lo tanto, como era mi costumbre, entré sin darle mayor importancia. El interior estaba totalmente a oscuras porque unas cortinas negras cubrían las ventanas. Y entonces, de pronto, en el inmenso muro que había delante de mí apareció un objeto indescriptible y borroso, de un tamaño tan monstruoso que ocupaba todo el espacio. Fue tal el susto que me quedé paralizado.

Poco a poco la «cosa» de la pared fue adquiriendo un aspecto más definido. La primera forma que se pudo percibir fue la de un pantano repleto de maleza oscura. Debajo había dos enormes ojos del tamaño de tinas de lavar, con unas pupilas de color marrón que centelleaban de un modo horrible, mientras que por los lados fluían diversos ríos de sangre sobre una blanca meseta. Luego había dos grandes cuevas de las que parecían surgir los enmarañados extremos de grandes escobas. Se trataba, por supuesto, de los pelos que crecían en las cavidades de una nariz gigantesca. Después venían dos gruesos labios, similares a voluminosos cojines de color carmesí; y se movían sin cesar, dejando a la vista dos filas de dientes blancos cuyas proporciones se hallaban próximas a las de las tejas de la cubierta de una casa. Era la imagen de un rostro humano. Tuve la vaga sensación de que, a pesar de su grotesco tamaño, era capaz de reconocer los rasgos que lo conformaban.

En ese preciso instante oí que alguien me hablaba:

—¡No tengas miedo! ¡Soy yo!

La voz me produjo un nuevo sobresalto, ya que los abultados labios se movían al mismo tiempo que surgían las palabras, y los ojos daban la sensación de sonreír. De repente, sin previo aviso, la habitación se llenó de luz y la visión de la pared se desvaneció. Casi de modo simultáneo apareció Tanuma desde detrás de una cortina en la parte trasera de la estancia.

Se acercó a mí con una sonrisa maliciosa y, presa de un orgullo infantil, exclamó:

—¿Acaso no ha sido un magnífico espectáculo?

Mientras yo seguía inmóvil e incapaz de hablar, estupefacto aún, me explicó que lo que acababa de ver era la imagen de su propia cara proyectada sobre la pared gracias a un estereopticón que había diseñado especialmente para el rostro humano.

Unas semanas después inició un nuevo experimento. En esta ocasión construyó una pequeña habitación dentro del laboratorio y revistió el interior de espejos. Las cuatro paredes, así como el suelo y el techo, eran espejos. Por lo

tanto, cualquiera que entrase allí se vería enfrentado con los reflejos de todas y cada una de las porciones de su cuerpo; y, como los seis espejos se reflejaban unos a otros, las imágenes se multiplicaban y se volvían a multiplicar *ad infinitum*. Tanuma nunca llegó a explicar qué se proponía al instalar aquella sala. Pero sí recuerdo que una vez me invitó a entrar en ella. Lo rechacé de plano, ya que me aterrorizaba solo pensarlo. Sin embargo, según los sirvientes de Tanuma, este solía introducirse en la «cámara de los espejos» con Kimiko, su criada favorita, una exuberante chica de dieciocho años, con el objeto de gozar de los placeres ocultos de la región de los espejos.

Los criados también me dijeron que, en otros momentos, entraba solo en la cámara y permanecía allí durante muchos minutos, con frecuencia incluso una hora. En una ocasión estuvo tanto tiempo dentro que los sirvientes llegaron a asustarse.

Uno de ellos reunió el valor suficiente y llamó a la puerta. Tanuma salió dando un salto, desnudo por completo, y, sin ofrecer una sola explicación, desapareció en su propio dormitorio.

Llegados a este punto, sería necesario mencionar que la salud de Tanuma se deterioraba con gran rapidez. Por otro lado, su obsesión con respecto a los instrumentos

ópticos crecía sin cesar. No dejaba de colocar cada vez más espejos de todas las formas y descripciones posibles (cóncavos, convexos, estriados, prismáticos) así como modelos híbridos que daban lugar a proyecciones absolutamente distorsionadas. Al final, no obstante, alcanzó un punto en que ya no le fue posible hallar ninguna satisfacción a no ser que él mismo fabricara sus propios espejos. De ahí que instalara una planta de tratamiento de vidrio en su amplio jardín, y allí, con la ayuda de un selecto equipo de técnicos y operarios, comenzó a producir todo tipo de espejos fantásticos. No había ningún familiar que pudiera frenar aquella disparatada labor, y los buenos salarios que pagaba a sus criados le aseguraban una completa obediencia. Llegué a la conclusión de que era yo quien tenía la obligación de convencerle para que dejara de derrochar una fortuna que menguaba a toda velocidad. Pero Tanuma no me escuchó.

A pesar de todo, yo estaba decidido a seguir vigilándolo porque temía que perdiera la razón por completo, y por consiguiente lo visitaba con gran frecuencia. Y en cada una de las ocasiones en que lo hice pude comprobar que había fabricado un ejemplo aún más insensato que el anterior para su orgía de espejos.

Una de las cosas que hizo fue cubrir una pared entera

del laboratorio con un espejo gigante. Luego abrió cinco agujeros en él; después se dedicó a sacar los brazos, las piernas y la cabeza por los agujeros desde detrás del espejo, creando así la asombrosa ilusión de un cuerpo carente de tronco que flotaba en el espacio.

En otras ocasiones hallaba el laboratorio en un estado de completo desorden, debido a la variedad de espejos con formas y tamaños fantásticos que allí se amontonaban (estriados, cóncavos y convexos sobre todo), y a él lo veía bailando en medio de aquel caos, totalmente desnudo, como si de un primitivo oficiante de ritos paganos o de un hechicero se tratase. Siempre que contemplaba aquellas escenas sentía escalofríos, ya que el reflejo de su cuerpo desnudo haciendo desbocadas piruetas se distorsionaba y serpenteaba dando lugar a mil variantes distintas. Unas veces se veía una cabeza doble con unos labios hinchados de proporciones inmensas; otras, su vientre se abultaba y se elevaba para, acto seguido, volver a quedar plano; hacía girar los brazos hasta que estos se multiplicaban como los de las antiguas estatuas budistas chinas. El caso es que, en esos momentos, el laboratorio se transformaba en un purgatorio de fenómenos asombrosos.

A continuación, instaló un caleidoscopio gigante que parecía ocupar la totalidad del laboratorio. Un motor lo

hacía girar, y con cada rotación del inmenso cilindro los colosales modelos de flores de su interior cambiaban de forma y de color (rojo, rosa, púrpura, verde, bermellón, negro), al igual que las flores del sueño de un adicto al opio. Y el propio Tanuma entraba a rastras en el cilindro y dentro bailaba como un demente entre las flores, con su cuerpo totalmente desnudo y sus miembros multiplicándose como los pétalos hasta que daba la impresión de que formaba parte del mundo floral del caleidoscopio.

Tampoco terminó ahí su locura: todo lo contrario. Sus fantásticas creaciones eran cada vez más numerosas y cada una de ellas superaba las proporciones de la anterior. Más o menos hasta entonces yo había creído que aún seguía relativamente cuerdo; pero al final tuve que admitir que había perdido la cabeza por completo. Y muy poco después llegó el terrible y trágico clímax de esta historia.

Una mañana me despertó de repente un mensajero procedente de la casa de Tanuma.

—¡Ha ocurrido algo terrible! ¡La Srta. Kimiko quiere que venga usted inmediatamente! —gritó el mensajero, blanco como una hoja de papel de arroz.

—¿Qué sucede? —pregunté mientras me vestía a toda prisa.

—Aún no lo sabemos —exclamó el criado—. Pero, por el amor de Dios, ¡venga conmigo ahora mismo!

Traté de obtener más información del sirviente, pero se expresaba de un modo tan incoherente que me di por vencido y fui lo más rápido que pude al laboratorio de Tanuma.

Al entrar en aquel inquietante lugar, la primera persona a la que vi fue a Kimiko, la atractiva sirvienta que Tanuma había convertido en su amante. Junto a ella había varias criadas más, todas ellas apiñadas y observando llenas de horror el gran objeto esférico que descansaba en el centro de la sala. La esfera era más o menos el doble de grande que los balones que suelen emplear los payasos del circo para hacer equilibrios. El exterior estaba completamente cubierto con un pafio blanco. Lo terrorífico era que aquella esfera no dejaba de rodar lenta e inopinadamente como si estuviese viva. Lo peor, sin embargo, era el extraño eco que surgía del interior del balón, un sonido similar a la risa, una risa que parecía salir de la garganta de una criatura de otro mundo.

—¿Qué…? ¿Qué ocurre? ¿Se puede saber qué está pasando? —pregunté al atónito grupo.

—No…, no lo sabemos —respondió una de las criadas con aire ausente. Creemos que nuestro patrón está ahí dentro. Pero no podemos hacer nada. Hemos llamado varias veces y no hay respuesta, salvo esa misteriosa risa que usted está oyendo ahora.

Tras escuchar estas palabras, me acerqué a la esfera con cuidado para tratar de descubrir cómo salían aquellos sonidos de ella. No tardé en hallar varios orificios de ventilación. Miré por uno de los pequeños agujeros hacia el interior, pero no pude ver nada con claridad porque me lo impidió una brillante y cegadora luz. Sin embargo, de algo estaba seguro: ¡allí había una criatura encerrada!

—¡Tanuma! ¡Tanuma! —grité varias veces, pegando la boca al agujero. Pero lo único que oí fue otra vez aquella extraña risotada. No sabía qué hacer y, por unos instantes, me quedé mirando dubitativo el movimiento de la bola. Entonces, de pronto, vi las finas líneas que delimitaban un plano en la lisa superficie exterior. Me di cuenta de inmediato de que se trataba de la puerta por la que se accedía al interior de la esfera.

—Pero, si es una puerta, ¿dónde está el tirador para abrir? —me pregunté.

Examiné la puerta con atención y encontré un pequeño agujero que, con toda seguridad, había servido para alguna clase de manilla.

Al ver aquello me asaltó un terrible pensamiento.

—Es bastante posible —pensé— que el tirador se haya salido de forma accidental y que, por tanto, quienquiera que esté en el interior haya quedado atrapado en la esfera. En ese caso, esa persona debe de haber pasado toda la noche dentro sin poder salir.

Busqué por el suelo del laboratorio y enseguida hallé una manilla con forma de T. Intenté introducirla en el hueco que había visto, pero no lo logré, ya que la barra estaba rota.

No conseguía entender por qué demonios el hombre que estaba en el interior (si es que de un hombre se trataba) no gritaba pidiendo ayuda en lugar de reírse sin parar.

—Quizá —recordé de pronto con miedo—, Tanuma está ahí dentro y se ha vuelto loco de atar.

Decidí al instante que solo había una solución. Me dirigí a toda prisa al taller de cristal, cogí un martillo

grande y volví al laboratorio sin perder un segundo. Apunté cuidadosamente y, con todas mis fuerzas, golpeé aquel globo con el martillo. Di una y otra vez en el extraño objeto hasta que terminó siendo poco más que un amasijo gruesos fragmentos de vidrio. El hombre que salió arrastrándose de los escombros no era otro que Tanuma. Pero estaba casi irreconocible debido a la transformación que había sufrido. Tenía el rostro flácido y descolorido, sus ojos vagaban sin rumbo fijo, el pelo era una pura maraña, la boca la mantenía abierta y la saliva le caía en delgados y espumosos chorros. Toda su expresión hacía pensar en un maníaco desquiciado por completo. Incluso Kimiko retrocedió con horror eras ver aquella monstruosidad de hombre.

No hace falta decir que Tanuma se había vuelto totalmente loco.

—Pero ¿cómo ha llegado a ocurrir esto? —me pregunté—. ¿Acaso estar encerrado dentro de esa esfera de cristal es motivo suficiente para que haya perdido la cabeza? Además, lo primero que habría que saber es por qué la ha construido.

Aunque pregunté a los criados que seguían apiñados cerca de mí, no fui capaz de sacar nada en claro, porque todos juraban que no sabían siquiera de la existencia de aquel globo.

Tanuma, sin dejar de sonreír, comenzó a moverse por la estancia como si no tuviera la más mínima idea de dónde se hallaba. Kimiko se recuperó del susto inicial haciendo un gran esfuerzo y, entre lágrimas, empezó a darle tironcitos en las mangas. En ese preciso instante se presentó el ingeniero jefe del taller para iniciar la jornada de trabajo. Hice caso omiso de su desconcierto por lo que estaba viendo y empecé a lanzarle preguntas sin cesar. Aquel hombre estaba tan perplejo que apenas si era capaz de responder tartamudeando. Pero esto es lo que me dijo:

Hace ya bastante tiempo que Tanuma le había encargado que construyera aquella esfera de cristal. Tenía un grosor de más de un centímetro y un diámetro aproximado de un metro veinte. Para hacer del interior un espejo de una sola pieza, Tanuma ordenó a los obreros y a los ingenieros que cubrieran de azogue el exterior del globo; después colocaron por encima varias capas de pafio de algodón. El diseño del interior permitía la existencia de pequeñas cavidades dispersas que actuaban como receptáculos para unas bombillas empotradas. También había una puerta de entrada para un hombre de envergadura normal.

Ingenieros y operarios desconocían por completo el propósito de aquel objeto, pero las órdenes eran

las órdenes y, por tanto, habían llevado a cabo la tarea encomendada. Por fin, la noche anterior quedó terminado el globo, con el añadido de un cable eléctrico de gran longitud ajustado de forma precisa a un enchufe que se hallaba en la cubierta, y lo llevaron al laboratorio tomando todas las precauciones posibles. Conectaron el cable a un enchufe situado en la pared y se marcharon, dejando a Tanuma a solas con la esfera. Lo que sucedió después, por supuesto, lo ignoraban.

Tras escuchar el relato del ingeniero jefe, le pedí que saliera. Luego dejé a Tanuma al cuidado de los criados, que lo llevaron a su casa propiamente dicha, me quedé solo en el laboratorio con la vista fija en los fragmentos de cristal desperdigados por la sala, tratando desesperadamente de resolver el misterio de todo aquel asunto.

Así permanecí durante bastante tiempo, reflexionando acerca del enigma. Al final llegué a la conclusión de que Tanuma, una vez agotadas todas las ideas nuevas con respecto a sus obsesiones ópticas. Había decidido construir un globo de cristal completamente cubierto por un espejo para introducirse en él y contemplar su propio reflejo.

¿Por qué iba a volverse loco un hombre al entrar

en un globo de cristal revestido por un espejo? ¿Qué demonios había visto allí? Mientras por la cabeza se me pasaban estas ideas, tenía la sensación de que me habían clavado en la espina dorsal un espada de hielo.

¿Perdió la cabeza al verse a sí mismo reflejado por un espejo absolutamente esférico? ¿O su cordura fue desapareciendo poco a poco tras descubrir de pronto que se hallaba atrapado dentro de su horrible y redondo ataúd de vidrio…, junto con «aquel» reflejo?

¿Qué había visto?, me volví a preguntar. Tenía que ser algo que escapaba por completo a la imaginación humana. Nadie, casi con toda seguridad, se había encerrado antes dentro de los confines de una esfera forrada con un espejo. Ni siquiera un experto físico podría haber adivinado con exactitud qué tipo de visión se crearía en el interior de aquella esfera. Lo más probable es que se tratase de algo tan impensable que quedara totalmente al margen de nuestro mundo. Aquel reflejo, fuese cual fuese su apariencia, debió de ser tan extraño y terrorífico al ocupar todo el campo de visión de Tanuma, que cualquier mortal sometido a él se hubiera vuelto loco. Lo único que conocemos es el reflejo producido por un espejo cóncavo, que a su vez no es más que la sección de una esfera. El enorme aumento a que da lugar es de una naturaleza monstruosa. Pero

¿quién puede imaginar lo que llegaría a ver alguien rodeado por una sucesión completa de espejos cóncavos? Mi desventurado amigo, no cabe duda, había intentado explorar las regiones de lo desconocido, violando así tabúes sagrados y provocando la ira de los dioses. Al tratar de penetrar en los secretos dominios del conocimiento prohibido, con su extraña obsesión por los fenómenos ópticos, se había destruido a sí mismo.

ÍNDICE

“Creo que los más íntimos secretos de un hombre se pueden leer en sus ojos...

Colección
Lima Lee

